

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

**D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.**

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## La Natividad de María.

*Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet.*

ISAÍ XI.

El nacimiento de la virgen María es un suceso que los católicos deben recordar siempre con gratitud, y celebrar con entusiasmo. En él tenían fija su mirada los patriarcas y los profetas, y por él suspiraban con ardiente deseo los pueblos y naciones de la tierra. Las promesas de un Libertador y de una Virgen que sería su madre sin menoscabo de su virginidad eran una misma promesa, y las profecías acerca de una nueva pareja que daría á luz un nuevo género humano, una humanidad transformada, una sociedad de hombres redimidos de toda servidumbre, y restableci-

dos en sus primitivos derechos, y elevados á una dignidad mas alta que la perdida por la privación de los primeros padres de nuestra raza eran una misma profecía hasta el punto de que ni en los tiempos proféticos ni en la plenitud de los tiempos, ni en lo pasado, ni en lo presente, ni en lo porvenir pueden separarse las dos figuras que aparecen á la cabeza del mundo redimido, á saber; Jesús, el nuevo Adán, y María, la segunda Eva, madre de todos los vivientes.

Háse cumplido para dicha nuestra el vaticinio de Isaías que habló de los sucesos evangélicos como un Evangelista, y decia para mantener viva la esperanza de una rehabilitación universal que, á su tiempo brotaría una vara de la raíz de José, y se elevaría de su raíz una flor de extraordinaria

lozanía, de matices bellísimos y de suavísimos perfumes. *Egre-dietur virga de radice Jesse et flos de radice ejus ascendet.* La promesa se ha convertido en dichosa realidad, y la profecía en hecho consumado, en un suceso histórico que fué la cuna de la civilización, y es hoy como en los siglos pasados la esperanza única de salvación así para las almas como para las sociedades. Fijemos nuestra mirada en la cuna de esa Niña, estudiemos sus destinos, analicemos su historia, y pongamos sobre la cabeza de nuestra Madre, mas bella y magistosa que la cumbre del Carmelo una corona de flores, tegida con los beneficios que ha traído al mundo su dichoso nacimiento.

Expongamos *lo que debemos á la Natividad de la Virgen*, y sabremos cumplir con ella los deberes tan gratos como provechosos del verdadero reconocimiento.

¿Quién puede cantar dignamente las alabanzas de María ni hacer cumplidamente el inventario de sus beneficios? A decirlo con la Iglesia la Natividad de la Virgen fué como la aurora matutina y espléndida de un día gozoso para el universo mundo, porque de su seno virginal había de nacer el sol de Justicia, Cristo, Señor nuestro que traía la misión

de borrar la ignominia de la maldición eterna, y darnos la bendición celestial, que venía á romper nuestras cadenas, y á darnos la libertad, á confundir la muerte y á darnos la vida sempiterna.

Nace María, dice San Agustín, para ser la puerta oriental de los cielos, la maestra de los apóstoles, la nodriza de los mártires, el ejemplar de los Confesores, el ideal de las Virgenes, la corona de los vencedores. Viene al mundo la Hija de Dios para ser la norma de los príncipes, la justicia de los reyes, la salud de las naciones, la gloria de los reinos, el gozo de los cielos, y la alegría de la tierra. Viene á la tierra esta perla de los cielos para ser la vida de las virtudes, la virtud de las costumbres, la ruina de los vicios, la salud de los enfermos, la libertad de los esclavos, el consuelo de los afligidos, la palma de los vencedores, y la gloria de los que ganan luchando el reino de los cielos. Y viene vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas; esbelta como la palma de Cades, excelsa como el cedro del Libano, frondosa como los Cipreses de Sion, fecunda como la viña de Engadi, aromática como el cinamomo y el bálsamo, perfumada como la rosa de Jericó, preservada como el lírio entre

las espinas, y destinada á compartir con su Hijo los martirios del Calvario y las glorias de la redención.

No hay lengua humana ni angélica que pueda agotar sus alabanzas. Tampoco hay corazones que puedan agradecer como es justo sus beneficios. ¿Qué seríamos nosotros sin la Virgen? ¿Qué sería el mundo sin esta Madre y Maestra del mundo? Seríamos la continuación de aquella humanidad envilecida que vegetaba en la ignorancia y en la barbárie á la otra parte del Calvario. Seríamos la prologación de aquellos cuarenta siglos de lágrimas, de miserias y abominaciones que espiraron en la cuna de la Virgen, en el nacimiento de ésta rosada aurora que dió comienzo á este día de la civilización cristiana cuyas ventajas disfrutamos, y tan mal agradecemos.

¿Qué seríamos los españoles sin la Virgen? Registrad la historia de nuestra pátria, contemplad nuestros siglos de grandeza y de gloria, y vereis con cuanta razón se ha llamado nuestra pátria la hija predilecta de María.

*(Se Continuará.)*

Z. M.

## VARIEDADES Y NOTICIAS.

### Santificación de las fiestas.

*(Sucedido.)*

Hace unos seis años encontrábame en la ciudad de Valencia.

Paseando solo una tarde por las afueras de la población, se me acercó un hombre manco y cojo á quien faltaban completamente ambas extremidades del lado derecho, y que contaría unos cuarenta y cinco años de edad, el cual me pidió una limosna. Dile dos cuartos; pero al tiempo de hacerlo, extrañándome de que le faltasen á la vez dos principales remos de su cuerpo, movido de curiosidad, me apresuré á preguntarle la causa de tan lastimoso estado.

—La historia de encontrarme así, dijo, es bastante larga de contar, y temo molestar á V. con mi relato.

Mas habiéndole importunado para que me la refiriese, le hice sentar á mi lado, y se expresó en los siguientes términos:

«Soy natural, dijo, de un pueblecito de la provincia de Jaen.

En los primeros años de mi juventud, viví en el santo temor de Dios; pues mi buena madre, á quien perdí cuando apenas contaba quince años, había cuidado de inculcarme su ley divina.

Ya adolescente, y no teniendo quien me diese buenos consejos, pues mi padre, que debiera haberlo hecho (dicho sea con perdon suyo), no se cuidaba mucho de ello, empecé por reunirme con otros jóvenes de mi edad, quienes vivían en el mayor abandono, llenos de todo género de vicios.



Bien pronto me connaturalicé con su carácter, y me encontré poseído de los mismos defectos que ellos, llegando hasta el extremo de olvidar completamente las sábias máximas que mi madre me repetía.

Llegué sin saber cómo á los veinte años, y para colmo de mi desgracia, me tocó la suerte de soldado; digo que por mi desgracia, porque allí acabé de pervertirme; pues me olvidé por completo de Dios y de su santa ley, á causa de haber tomado por amigos, segun ya lo habia hecho antes, á otros jóvenes tal vez peores que yo.

Vine del ejército hecho todo lo que se llama un mal cristiano, y al poco tiempo de llegar á mi pueblo, contraí matrimonio con una joven á quien debiera haber escuchado, y cuyos consejos no seguí.

Creyendo sin duda encontrar en mí un hombre de bien, puesto que no tuvo tiempo de observar mis faltas, vió que se hallaba unida á un hombre olvidado de Dios y lleno de los mas repugnantes vicios.

En vano me exhortaba á que dejase aquella vida tan desordenada, dándome ella misma ejemplo; pues yo, no solamente no la escuchaba, sino que hasta llegaba á hacer alarde de mi impiedad.

¡Cuántos disgustos y sinsabores la hice sufrir! Cuantas lágrimas derramaba continuamente al ver mi obstinacion, y que nada conseguía con sus amonestaciones!

Un día 8 de Septiembre, en vez de ir á Misa, segun lo queria la santidad de aquel, y cumplir con el tercer mandamiento de la ley de Dios, tomé el hacha y me encaminé á hacer leña, mientras se celebraban los Oficios Divinos.

Subí á un árbol con objeto de cortar unas ramas; pero estando en mi tarea, y cuando menos lo esperaba, se rompió una de las que estaba cortando, me cogió desprevenido y no pudiendo sostenerme, vine al suelo, fracturándome el brazo y la pierna á causa de haber caído de costado.

En mi dolor, y no pudiendo moverme del sitio, empecé á dar gritos por si alguien me oía; pero como era día festivo, no habia nadie en el bosque; de manera que tuve que permanecer allí hasta que mi esposa, inquieta por mi tardanza, vino á buscarme por la tarde, encontrándome en tan lastimoso estado.

¡Figurese V. que golpe no recibiría mi buena esposa! Tuvo que volver á toda prisa al pueblo para avisar que fuesen por mí, lo que efectuó con la celeridad posible; pues debo advertir á V. que se encontraba en días de gracia....

Ya anocheecía, cuando llegaron al sitio donde yo estaba tres ó cuatro hombres del pueblo, que venian con unas parihuelas, y con ellos mi mujer, que no habia querido quedarse en el lugar, á pesar de haberla importunado los vecinos, haciéndole presente el delicado estado en que se encontraba.

Me trasladaron en hombros á casa, donde estaba ya esperando el cirujano del pueblo, el cual, despues de hacerme la primera cura, y viendo en peligro mi existencia, dió orden para que fuesen á buscar al médico del partido.

Llegado que hubo éste, y reconocidos ambos miembros, pronosticó bastante mal; tanto que á los pocos dias se declaró la gangrena y manifestó era preciso amputar la pierna y el brazo para salvarme la vida.

En efecto; se llevó á cabo, no sin grandes inconvenientes; mas por fin concluyó la operacion tan bien como se podia desear.

¡Cuánto sufrió mi esposa en aquellos dias, y qué de lágrimas no la hice derramar á causa de mi irreligiosidad!

Para colmo de mi desgracia, vino la hora del parto, que se presentó dificultoso, y de cuyas resultas entregó su alma al Criador. Pude pedirla antes perdon de no haber seguido sus consejos; siendo la causa de mi desgracia y tal vez la de su muerte el haberla proporcionado tantos disgustos y sinsabores mientras estuvimos unidos, y muy especial durante mi enfermedad.

Me dejaba un niño abandonado como su padre á la miseria y á la caridad pública, despues de haber vendido todo lo que poseíamos.

Cuando mi hijo tuvo suficientes fuerzas para el trabajo, entró á servir en casa de un rico labrador, y con lo que el amo le entregaba nos manteníamos ambos y vivíamos dando gracias á Dios porque nos concedía el pan de cada dia, sin tener que andar de puerta en puerta como hasta entonces.

Así trascurrieron algunos años hasta que mi hijo, habiendo caido enfermo, murió de viruelas á los pocos dias.

Bien podeis comprender como quedaria yo á la muerte de mi hijo. Sin padres, sin esposa, sin nadie, imposibilitado de poder ganar un pedazo de pan, no me queda ya otro recurso que implorar la caridad pública.

¡Cuánto mejor hubiera sido que en vez de quedar inútil toda mi vida, hubiera

exhalado el último suspiro cuando cai del árbol!

—No debes, le dije, sino acatar la voluntad del Señor y sufrir con resignacion vuestra desgracia y todas cuantas os quiera imponer: puesto que nadie mejor que Él sabe lo que á cada uno le conviene.

—Así lo hago; desde entonces he seguido en lo posible su santa ley, y no me he olvidado ya nunca de santificar las fiestas.

D despues de haberme encargado muy encarecidamente y con las lágrimas en los ojos el cumplimiento del tercer mandamiento de la Ley de Dios, se despidió de mí, no sin que antes le diese yo las gracias por haber satisfecho mi curiosidad, entregándole el poco dinero que llevaba en el bolsillo.

Al ver un ejemplo de esta naturaleza, no pude dudar de que el Señor se habia valido de aquel castigo para hacer volver al desgraciado al buen sendero.

No se me olvidará nunca de que el tercer mandamiento de la Ley de Dios nos manda *Santificar las fiestas*.

FEDERICO CLEMENTE.

— — —

Paralelo que hace un periodista revolucionario entre la enferma lega y la Hermana de la Caridad:

«Aun suponiendo á la primera una honrada madre de familia, tendrá marido é hijos, y asiste á los enfermos para ganar un jornal tan pequeño, que no basta en manera alguna para atender á sus necesidades.

»Cumple en el hospital cuidando enfermos, como cumpliria en una casa de

asistente, ya para recoser, ya para lavar la ropa.

»Supondremos que llegará á compadecerse de sus clientes de ocasion, que se interesará por ellos; pero sobre todo ese interés estará, y con razon, el de su marido y el de sus hijos.

»La Hermana de la Caridad, cualquiera que sea su familia, ya sea de clase humilde, mediana ó aristocrática, ha renunciado á ella. Sus escrúpulos, sus repugnancias y hasta sus preferencias han debido caer á la vez que caian bajo las tijeras sus cabellos rubios ó negros.

»Dedicada á Dios y á los pobres, no aspira á ganar nada en este mundo; únicamente la bendicion del que sale curado de su sala ó la dulce mirada del que espira en sus brazos, y sobre todo la salvacion eterna.

»Como cristiana procurará agradar al enfermo, porque la gratitud de éste irá á parar á Dios, á quien sirve y por dueño ha elegido. Servidora humilde debe ofrecer á los pies de Dios un gran ramo de flores de gratitud, engendradas por sus atenciones en los corazones mas duros en las almas refractarias, así como algunas plantas pequeñas, pero tenaces, arraigan entre las grietas de las rocas y abren sus cálices por encima de muros inaccesibles y dan al ambiente su exquisito aroma.

»No tiene ni esposo, ni hijos en el mundo; el esposo de su eleccion es Cristo, cubierto de sangre, emblema de la humanidad crucificada; Él le enseña con su martirio el amor al dolor, con su vida el amor á los que sufren.

»Los hijos de su eleccion son la gran familia anónima compuesta de todos

aquellos que los achaques, la enfermedad, la falta de razon ó la miseria lleva á su sala, en la cual para todos aquellos sus hijos, unos sometidos á la operacion quirúrgica, otros al fuego y otros á la ducha, debe tratarles con las dulces palabras de madre, ella virgen, que nunca tuvo los goces de la maternidad.

»Si, ella será siempre superior á la enfermera de alquiler, sobre todo porque nada la liga á este mundo, porque su pensamiento no sale del Hospital, fijándose en seres que son carne de su carne, porque tales seres no son dueños de su corazon ni tienen derecho exclusivo á su ternura; seres que si están enfermos, ó la constituirian en idiota si no les atiende, ó robaria el azúcar, el vino ó la leña á los enfermos para que sus hijos ó su marido estuvieran mejor.

»¡Pobre enfermera legal! No seré yo el que arroje la primera piedra por su conducta; en su caso yo haria lo mismo, porque el corazon humano está así formado, y no hay ley capaz de hacerle variar.

»Así, pues, señores gobernantes, disponed las cosas de modo que el obrero gane el jornal suficiente para que su mujer no tenga que abandonar la casa, la comida y los hijos, que el no hacerlo es su mision principal.

»Dejad en cambio á las Hermanas sin familia el cuidado de los que carezcan de ella. Sed generosos, guardad á los sanos para los talleres, y á los fuertes para el ejército, para las elecciones á los pensadores, y dejad como limosna los desperdicios de la humanidad, los desechados de la sociedad, á estas humildes virgenes, que tienen el gusto de sirvientes,

como dirían vuestros profetas, las que cifran toda su ambición en poner sus ojos sin mancha al servicio de los ciegos, sus ágiles piés al servicio de los impedidos, su clara razón al servicio de los locos.

»Estas Hermanas ni tienen preferencia ni repugnancia; cuidarían con interés hasta al Ayuntamiento de París, que las persigue y expulsa.»

En virtud de órdenes y disposiciones dadas en Bélgica por el Gobierno, de acuerdo con las Compañías de ferro-carri-les, se ha conseguido que los empleados de los caminos de hierro puedan cumplir con sus deberes religiosos en los domingos y días festivos.

Según las citadas disposiciones, cerca de 35.000 empleados disfrutaban regularmente de cuatro medios días de licencia al mes y de dos horas de libertad los días festivos, horas que coinciden con las de los oficios religiosos.

En cuanto es posible se escogen los domingos como días de descanso: primero en interés de los principios religiosos y segundo porque en tales días es cuando las familias se reúnen y tienen sus expansiones.

El Gobierno ha podido conseguir este resultado con solo cuatro años de perseverancia y sin necesidad de lastimar ningún interés público ni privado.

Todos los empleados, cualesquiera que sean sus opiniones religiosas y políticas, disfrutaban de esta medida general. En los cuatro años transcurridos no se ha dado el caso de ningún acto de presión religiosa por parte de ningún perió-

dico, ni siquiera de los más hostiles á la Iglesia.

Cuatrocientos trenes de mercancías han quedado suprimidos los domingos, sin que esta medida haya perjudicado al comercio, y se ha conservado la integridad del sueldo á los empleados, á pesar de los cuatro medios días de descanso que se les concede todos los meses.

Todo esto crearía serias dificultades al sucesor del actual ministro que se propusiera cambiar el presente estado de cosas, porque estas licencias que ahora disfrutaban los empleados de ferrocarriles constituyen para ellos el reconocimiento de su derecho por parte de las Compañías y una costumbre que han contraído.

Aplausos merecerá de seguro á todos los católicos la conducta del Gobierno de Bélgica, y su ejemplo debieran imitarle los Gobiernos de las demás naciones, muy especialmente los de aquellas que se dicen católicas.

Su Santidad el Papa Leon XIII ha elegido ya el sitio en que quiere ser enterrado: en la basilica de San Juan de Letran. En estos últimos tiempos el Padre Santo ha gastado bastante en trabajos de embellecimiento y prolongación del ábside de esta basilica. Cerca de este ábside encima de la puerta que conduce á la sacristía, es donde desea Leon XIII que se conserven sus restos. Al otro lado del ábside hay una puerta que hace pareja con la de la sacristía, y encima de ella serán conservados por orden de Su Santidad, los restos del gran Papa Inocencio III, que puso en interdicto á Francia con motivo del divorcio de Felipe Augusto,

y excomulgó á Oton de Brunswich y al Rey Juan de Inglaterra, Papa que engrandeció los dominios de la Iglesia y reunió el Concilio de Letrán, muriendo, despues en Perusa.

Siendo Leon XIII Obispo de Perusa estudió largamente la vida de Inocencio III, á cuya memoria riñde verdadera admiracion. En los primeros años de su Pontificado hizo trasladar á Roma una parte del cuerpo de este Pontífice, que se guardaba piadosamente en Perusa, y estos son los restos que se guardarán en la Basílica de San Juan de Letrán, en un sarcófago que hará juego con el de Leon XIII.

Segun costumbre, los gastos del monumento de un Papa se hacen por los Cardenales creados por él, por lo cual Leon XIII no hará á sus expensas sino los gastos de mausoleo del Inocencio III.

— — —

*Piadoso ingenio.*—Deseando una mujer pagana abrazar el cristianismo y encontrando tenaz oposicion en su marido, hé aqui la estratagema de que se valió para convertirle. Dirigióse á él con el catecismo en la mano y alegando lo difícil que era para una mujer aprenderle de memoria, le rogó se lo leyera para que, oyendo su contenido de sus lábios, le fuese mas fácil aprenderlo. El marido, á quien agradó esta muestra de confianza, consintió en acceder al deseo de su mujer; mas insensiblemente sintióse inspirado por la gracia al leer los divinos preceptos, y asociándose á las buenas disposiciones de su esposa, recibió al mismo tiempo que ella el bautismo.

— — —

El capitán de ingenieros del ejército francés, Mr. Le Cornu, que acaba de llegar del Tonkin, donde se ha distinguido por su valor, ha solicitado su retiro para ingresar en una Orden religiosa de misioneros.

Mr. d'Argenvilliers Saint Simon, Consejero general del Tartu, vende su castillo para entrar en el Convento de Garaisón.

*El Vaterland* de Lucerna anuncia que Mr. F. Speiser, doctor en Filosofía, hermano de Mr. Spoiser, miembro del Gobierno del Canton de Baleville y uno de los jefes del partido protestante, despues de abjurar de la herejía va á ingresar en el Seminario de Jesuitas de Icspruk para estudiar la Teología. El canton de Basilea, que antes era completamente protestante, cuenta hoy 50.355 sectarios de esta religion y 22.426 católicos.

— — —

*Contraste.*—Mons. Bonetti, Delegado apostólico y Vicario patriarcal, ha hecho su visita pastoral en alguna parte de Turquía. En Andrinópolis el Bajá puso á su disposicion su propio carruaje y una escolta de caballería, y ha sido visitado en su residencia por el Gobernador general y el Comandante de la division militar; éste tuvo además la atencion de mandar una música militar, que tocó en honor del Vicario el himno pontificio. No podemos dejar de notar el contraste que ofrece el Gobierno turco y sus Delegados con Gobiernos de naciones católicas.